

Ciudadanías en el límite. La fotografía participativa*

Citizenship at the Boundaries. Participative Photography

Edwin Alfredo Cubillos Rodríguez**

Trabajador Social

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte de Bogotá, Colombia

Resumen

Este artículo presenta las prácticas de fotografía participativa para la construcción de ciudadanías de la infancia y la adolescencia en contextos de exclusión y violencia sociopolítica en las periferias urbanas. A partir del proyecto comunitario Disparando Cámaras en Cazucá se sustenta que en contextos de no-ciudadanía y ruptura comunitaria, caracterizados por la restricción del accionar democrático y la constitución de sociedades civiles, es posible la emergencia de prácticas cotidianas de ciudadanía a través de la fotografía. En este contexto, los niños, niñas y adolescentes se convierten en agentes culturales que interpelan las formas tradicionales de participación, aportando elementos para la configuración de un nuevo sujeto ciudadano.

Palabras clave: ciudadanías en el límite, construcción de ciudadanías, contextos de exclusión, violencia sociopolítica, fotografía participativa, tácticas de resistencia.

Abstract

The article discusses the practices of participative photography in the construction of child and adolescent citizenship in contexts of exclusion and sociopolitical violence in urban peripheries. On the basis of the community project, Shooting Cameras, in Cazucá, it argues that in contexts of non-citizenship and community breakdown, characterized by the restriction of democratic action and of the constitution of civil societies, it is possible for daily citizenship practices to emerge through photography. In this context, boys, girls, and teenagers become cultural agents who interpellate traditional forms of participation, thus contributing elements for the configuration of a new subject of citizenship.

Keywords: citizenship at the boundaries, construction of citizenship, contexts of exclusion, sociopolitical violence, participative photography, resistance tactics.

Recibido: 30 de marzo del 2012. **Aceptado:** 29 de agosto del 2012.

* Este artículo hace parte del proyecto de investigación de la Maestría en Estudios Culturales “La fotografía participativa en la construcción de ciudadanías por parte de niñas, niños y adolescentes, en contextos de exclusión y violencia en Colombia. La experiencia de Disparando Cámaras en Cazucá”, ganador de la convocatoria 525 Jóvenes Investigadores de COLCIENCIAS n.º Proyecto 347.

** eacubillosr@gmail.com

Introducción

Los debates de la infancia y la adolescencia como construcción social son hoy un lugar común en los desarrollos conceptuales sobre las nuevas ciudadanías que cuestionan una noción *adultocéntrica* del ordenamiento social y que posibilitan repensar la posición subalterna como escenario no hegemónico de producción cultural y de participación. No obstante, el concepto de ciudadanía se complejiza cuando dichos actores, que llevan el peso histórico de un estatus de individuos pre-sociales no ciudadanos, logran apropiarse y generar acciones de ciudadanía no convencionales desde prácticas expresivas y estéticas, especialmente, cuando esto se lleva a cabo en contextos sociales en crisis que imponen unos límites para el ejercicio de la democracia.

Una de esas prácticas es la fotografía participativa, heredera de los estudios de la comunicación para el cambio social realizados durante la década de los setenta, que retoma las bases del interaccionismo simbólico, el pragmatismo norteamericano y la educación popular latinoamericana, dentro de un enfoque reciente denominado comunicación participativa que propone el desarrollo de capacidades comunicativas en los sujetos para la transformación de sus entornos. En Colombia la fotografía participativa se gesta en un proyecto denominado *Disparando Cámaras para la Paz*, posteriormente llamado *Disparando Cámaras en Cazucá*, el cual inició un interesante proceso vivencial y profesional que permitió, después de varios años de acompañamiento, un abordaje de investigación, acción y participación que me ha permitido reflexionar sobre la importancia de deconstruir dichas experiencias para ubicar elementos de agencia susceptibles de multiplicación en otros contextos. Este artículo es, por tanto, resultado de los avances de este proceso continuo y permanente de reinventarse las formas de construir otros mundos posibles.

Lo que cambia: de un proyecto externo a una propuesta comunitaria

En la edición n.º 7 de esta revista, Echeverry y Herrera (2005) analizaron una experiencia de lo que denominaron “Fotografía Social como herramienta terapéutica para Trabajo Social”, en dicho artículo estas

autoras reflexionaron sobre el papel de la fotografía para la intervención y el acompañamiento psicosocial de niños y niñas en situación de desplazamiento forzado en Altos de Cazucá, Soacha. Dicho análisis se sustentaba en la experiencia desarrollada por la entonces Fundación Disparando Cámaras para la Paz que inició un fotógrafo norteamericano, becario de la Fulbright en el año 2002, en alianza con la agencia Aja Project, a partir del desarrollo de talleres de fotografía dirigidos a niñas, niños y jóvenes. Esta experiencia se consolidó en Colombia en poco menos de 5 años como una de las más representativas en fotografía participativa, sumándose a otras de gran reconocimiento mundial y continental como Photovoice (Inglaterra), Fotokids (Guatemala), Ph15 (Argentina), Kids With Cameras (Calcuta e Israel), entre otras.

Echeverry y Herrera, desde el énfasis terapéutico y psicosocial, propusieron de manera cautelosa pero reiterativa lo que los estudios de la comunicación para el cambio social y los enfoques de las pedagogías críticas (que sustentaron la emergencia de la Fotografía Participativa como metodología de intervención en la década de los noventa) venían construyendo y que hoy constituye el compromiso intelectual de los estudios sociales y culturales contemporáneos: es posible y necesario el establecimiento de un diálogo inter y transdisciplinario que ponga en diálogo a las ciencias sociales y a las disciplinas artísticas con los grupos subalternos, vistos como creadores, narradores y productores de cultura.

La fotografía, como propone Armando Silva, tiene un poder anunciador que permite ubicarse siempre en el lugar del otro, potenciando su poder comunicativo como un proceso dinámico de vinculación en donde la persona es protagonista de su propia narrativa, pero también del acto de pasión que armoniza su sentido estético y su sentido ético (Echeverry y Herrera 2005, 144 - 147). Es entonces cuando la práctica fotográfica, como proceso de reflexión, interpretación y discusión, se convierte en una terapia no convencional que activa redes conversacionales que propenden hacia la reflexión sobre las experiencias de los sujetos, permitiendo la construcción de rutas narrativas de significación en donde emergen otras formas de sentir y hacer inteligible el mundo (*Ibid.*, 156).

Estas reflexiones, fruto de un proceso investigativo de varios años de las autoras, las llevaron a encontrar en esta práctica una posibilidad de repensar el horizonte de intervención del Trabajo Social y la posibilidad de retomar la esencia transdisciplinar que lo constituyó en sus orígenes, esto sin dejar de subrayar su relevancia en los debates actuales sobre el papel político de la cultura y el papel cultural de la política. En este sentido cabe preguntar ¿de qué manera el sujeto terapéutico se convierte en sujeto de ciudadanía?

El análisis del proyecto realizado por las autoras se situó, en una primera etapa (2002–2007), en el marco de una organización sin ánimo de lucro que desarrollaba diferentes proyectos financiados en el territorio, con vinculación de los niños, niñas y adolescentes en los procesos formativos. Su análisis partió del rol fotográfico en relación con el sujeto víctima del desplazamiento forzado y su relación con los procesos de afrontamiento del trauma en un contexto de recepción determinado.

Con el transcurso de los años la mirada puesta sobre el sujeto victimizado fue cambiando progresivamente hacia una concepción de la víctima como sujeto situado y parte activa de un contexto territorial. El crecimiento de los niños y las niñas, la sobre intervención profesional muchas veces reiterativa¹, las capacidades para analizar y asumir el contexto social adquiridas en el proyecto y una realidad cotidiana que obligaba a hacer frente a las contingencias por la supervivencia, fueron relegando el debate sobre el desplazamiento forzado a pesar de la existencia de agendas institucionalizadas que permanecían en el territorio y en los agentes externos.

¹ Este punto merece un abordaje a profundidad en otro momento, pues vale la pena analizar la manera como en contextos de violencia sociopolítica o bien, en trabajo con poblaciones víctimas se constituyen muy rápidamente nichos de investigación e intervención de profesionales sociales y de la salud que, impulsados por sus escuelas y/u organizaciones, intervienen una y otra vez desarticuladamente sin la aplicación de protocolos comunes de intervención y seguimiento. Este tipo de intervenciones generan efectos perversos en las comunidades tales como: la sensación de manoseo, la configuración de discursos institucionalizados y estratégicos y la reincidente remembranza de hechos y situaciones dramáticas que, a pesar del esfuerzo de los sujetos por asumir nuevas proyecciones vitales, pueden generar que la situación de desplazamiento forzado se convierta en una condición que determina el ser, el hacer y el poder de estos sujetos.

El siguiente momento de maduración de la experiencia propuso repensar el papel de los niños, niñas y adolescentes vistos ahora como participantes activos del proyecto y como verdaderos agentes culturales, fue así como la fotografía adquirió un papel relevante en este proyecto más allá de ser considerada una técnica o herramienta pedagógica para el Trabajo Social. Este interesante avance en el proceso formativo estuvo interferido por la ruptura al interior de la Fundación, que llevó a la disolución definitiva de su estructura organizativa² y a la finalización del proyecto de manera abrupta en el año 2007 sin un proceso de evaluación y retroalimentación con las comunidades, esto impidió su continuidad inmediata y afectó los vínculos construidos, las expectativas ofrecidas y los proyectos de vida de sus participantes que se consolidaban alrededor de la práctica fotográfica.

Los impactos sociales generados por la finalización del proyecto, sumado al inicio de prácticas universitarias que permitieron un acompañamiento en este proceso, generaron la necesidad de elaborar un análisis académico que diera cuenta de los diferentes elementos psicosociales, políticos y culturales que resultaron implicados por la interrupción de este proceso de intervención social que realizaba la Fundación. Dicho análisis se enmarcó en un enfoque emergente denominado Acción Sin Daño —ASD— que propone valorar los impactos de las experiencias de intervención social en contextos de conflicto armado. Desde esta perspectiva, se indaga la manera en cómo la construcción de paz, el desarrollo y la violencia desde perspectivas más complejas, avanzan en “[...] la superación de las dicotomías, las segmentaciones y los reduccionismos que pueden prevenir el daño y hacer más viables las opciones de construcción de paz” (Bello 2011, 28).

Este estudio, fue realizado por el Programa de Iniciativas Universitarias para la Paz y la Convivencia de la Universidad Nacional de Colombia, durante el periodo 2002- 2007, momento en el que se desarrolló la intervención institucional de la Fundación Disparando Cámaras para la Paz —DCP—. Se encontró que la culminación del proceso sin un cierre adecuado

² El 90% de sus integrantes eran actores externos al territorio.

del proyecto y con la partida sucesiva de los talleristas y profesionales, instauró y reforzó la percepción de desconfianza comunitaria ante la cooperación internacional y las ONG, lo cual reactivó el debate sobre la participación real de las comunidades en los procesos de intervención social o, dicho de otro modo, los riesgos de la sustitución de los actores locales por actores externos. También, la pregunta por lo ético surgió entonces, como ruta de navegación para evaluar los momentos de la intervención y la investigación con población en condiciones complejas de riesgo y vulnerabilidad. Esta cuestión permitió indagar la función social de una praxis que “[...] hace que las proyecciones de vida y los ejercicios para fortalecer la autonomía, la dignidad y la libertad se encuentren atrapados entre las condiciones objetivas de la existencia (carencia, pobreza, exclusión) y las apuestas de futuro, cambio y transformación que habitan los sueños y las esperanzas de los más pequeños” (Orjuela 2010, 23).

El análisis de esta experiencia bajo el enfoque de Acción Sin Daño ha permitido reafirmar que las organizaciones que actúan en marcos de conflicto no son actores neutrales y, por el contrario, se integran de una forma u otra al contexto conflictivo (Vela, Rodríguez, García *et al.* 2011, 15). Es muy probable que situaciones de alto riesgo y vulnerabilidad impidan un empoderamiento comunitario y promuevan, muchas veces sin pretenderlo, unas relaciones de dependencia de la comunidad con los actores externos y los recursos financieros que allí circulan. En estas condiciones la salida de la Fundación pone en alto riesgo a los niños, niñas y jóvenes participantes que permanecen en el territorio conviviendo con los actores armados del conflicto.

Es fundamental que las intervenciones externas permitan la instauración de diálogos permanentes que sitúen al visitante y al habitante en una posición de intercambios mutuos y no de transferencias unilaterales que amplían las desigualdades de poder que de entrada ya existen. Entonces, se trata de fortalecer las capacidades locales para la paz y ejercer un acompañamiento a dicho empoderamiento, bajo la premisa ética de reconocer, respetar y valorar los actores locales, a la vez que comprender integralmente las

dinámicas del conflicto que permita establecer dicha relación. La dinámica de la violencia y la exclusión hacen que Altos de Cazucá se constituya simultáneamente en un territorio de recepción y de expulsión de la población, lo cual propone una complejidad mayor para el trabajo comunitario y la sostenibilidad social de este tipo de acciones. ¿Es posible entonces hablar de participación infantil en estos contextos?

La nueva etapa (2008-2011) que se inicia con la partida de la Fundación, desafió el sentido de apropiación de los participantes del proyecto, obligando a una necesaria discusión sobre el papel de los niños, niñas y jóvenes dentro del mismo. La decisión fue la de continuar autónomamente la trasmisión de los conocimientos adquiridos a nuevos niños y niñas e iniciar un trabajo de autogestión para la consecución de los recursos humanos, técnicos y financieros con ayuda de los adultos. La fotografía se constituyó efectivamente en un proyecto de vida que amplió los horizontes de expectativas de estos sujetos, dando vía libre a la participación y a la toma de decisiones que empezaba a ser reclamada a los adultos de la comunidad que intentaron tomar las riendas del proyecto. Lo que se inició como una experiencia de carácter privado y externo se fue progresivamente apropiando como un proyecto de carácter comunitario y endógeno que, sin recursos económicos ni apoyos institucionalizados, empezaba a cuestionar las formas tradicionales de la sostenibilidad de los proyectos sociales pero también las maneras en que los niños, niñas y jóvenes se vinculaban a estos procesos.

La primera acción realizada fue la negociación con el profesor Nelson Pájaro (gestor comunitario del proyecto —DCP— y director de la Escuela Popular Fe y Esperanza), quien logra recuperar gran parte de los equipos de producción fotográfica y apadrinar la experiencia, para renombrar el proyecto sin perder la historia acumulada. Es entonces cuando se rebautiza con el nombre de Disparando Cámaras en Cazucá —DCC—, con lo cual se reafirma su lugar de enunciación en el contexto territorial de la Comuna 4 manteniendo la estructura del nombre inicial de la diluida fundación DCP. Otras acciones consistieron en la vinculación de practicantes universitarios y artistas solidarios con el proyecto para otorgar herramientas

pedagógicas y técnicas a los jóvenes gestores, susceptibles a replicarse en otros grupos³. Estas alianzas estratégicas abrieron nuevos escenarios para la visibilización del proyecto a través del reconocimiento de sus participantes directos en diversos centros académicos, artísticos y sociales, en los cuales su rol de multiplicadores locales sustituyó el antiguo papel de beneficiarios. Cada acción desarrollada (talleres, salidas, exposiciones, conferencias y entrevistas) estuvo sostenida por la inmensa solidaridad de redes de apoyo que vieron en esta etapa una oportunidad para potenciar el liderazgo de los niños, niñas y adolescentes que buscaban en las imágenes y relatos nuevas formas de ver y ser vistos en un contexto territorial que sin embargo no cambiaba y que, por el contrario, pondría en permanente riesgo la posibilidad de un ejercicio de participación innovador para el país.

Lo que no cambia: violencia y exclusión como configuradores liminales de la ciudadanía

La dinámica sociopolítica del territorio Altos de Cazucá (Comuna 4 del municipio de Soacha), en donde se ubica el proyecto DCC, corresponde a un fenómeno de urbanización del conflicto armado⁴ que viene acentuándose desde la década del noventa con la arremetida paramilitar y que constituye el escenario a escala de una realidad nacional en donde las periferias urbanas representan los centros ampliados

de la injusticia social basada en la exclusión, la estigmatización, la subvaloración cultural y la marginación económica. Estos elementos estructurales, junto con los elementos emergentes de las distintas violencias, sitúan a sus pobladores en una suerte de suspensión del estatus de ciudadanía por una lógica perversa de la supervivencia a costa de no hablar, no ver y no denunciar.

La reterritorialización de las acciones militares y de los grupos armados coincide con las zonas de asentamiento de la población desplazada. Por un lado, la ubicación límite y periférica, tanto para el municipio de Soacha como para el Distrito Capital, configura un no-lugar para el Estado que entiende georeferencialmente estas zonas como inadecuadas para habitar y prioritarias para la explotación minera según el Plan de Ordenamiento Territorial, esto configura un grave problema de habitabilidad debido a la ausencia institucional, la carencia de equipamientos sociales y de servicios públicos, y el limbo administrativo frente a la titulación y formalización de predios. Este factor ha incidido en la instauración de un área de influencia político-militar de los grupos armados ilegales, quienes a su vez impulsan diferentes formas de financiación de la guerra y de estigmatización social, desmovilizando liderazgos y experiencias organizativas que restringen el ejercicio democrático de sus habitantes.

Estos fenómenos complejos de tensiones ambientales, sociales, políticas y culturales configuran contextos de riesgo y de no-ciudadanía dentro de escenarios que evidencian las contradicciones del capitalismo, las cuales suscitan situaciones de victimización y crisis. Esta posición límite para cualquier democracia se sustenta en la transformación de valores, ideales sociales, de la relación con los códigos de normatividad que ordenan a los grupos sociales y que afectan la construcción de proyectos colectivos y las formas de configuración de la subjetividad y las identidades (CES-GCI 2008).

Específicamente en Altos de Cazucá el modelo tradicional de acceso a la ciudadanía se encuentra fracturado y además excluye desde siempre la participación de niños, niñas y adolescentes. Las ejecuciones extrajudiciales, los toques de queda, la “limpieza

3 Mi papel en el proyecto DCC inicia justamente como practicante universitario de Trabajo Social en 2008 y es a partir de esta experiencia que paralelamente se da inicio a mi proceso investigativo que se extiende hasta el día de hoy en el campo de los Estudios Culturales, en la fundación del grupo de investigación de Arte y Trabajo Social y en la vinculación al grupo de investigación Comunicación, Cultura y Ciudadanía del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales —IEPRI—.

4 Este fenómeno enmarcado en las dinámicas actuales de la guerra en Colombia se encuentra caracterizado por una intensificación y recrudecimiento de las acciones militares sin distinción entre combatientes y no combatientes (enfrentamiento con población interpuesta, estrategias de terror, métodos de control y acción sobre la población civil, etc.), e incluso una no diferenciación entre las formas de lucha los actores armados involucrados que, en su conjunto, han profundizado la degradación de las formas de enfrentamiento armado y la emergencia de una crisis humanitaria generalizada de la cual Altos de Cazucá es apenas un ejemplo emblemático.

social”, el control autoritario, las guerras entre bandos, la estigmatización de la organización cívica, los modelos electorales clientelistas y otros factores de no-ciudadanía, impiden una apropiación social efectiva del territorio por parte de sus habitantes, reduciendo en muchas ocasiones el ejercicio participativo a un exclusivo ámbito privado o de bajo impacto. Es de esta manera como la exclusión social y la violencia ponen de manifiesto la “instalación en la precariedad” de una parte de la población, hecho que se ve intensificado por la existencia de “[...] déficit de lugares ocupables en la estructura social” (Raya 2004). Los procesos de participación de niños, niñas y adolescentes en Altos de Cazucá no son reconocidos por cuanto estos actores son considerados tan solo como población objeto de intervención social debido a la vulnerabilidad a la que están expuestos. Esta idea conduce a que su incorporación en programas de asistencia y protección se dé desde la subordinación, identificándolos como simples beneficiarios prioritarios cuyos relatos, opiniones y propuestas no se toman en cuenta para las decisiones que los afectan.

El riesgo de la no-ciudadanía es una condición de *liminalidad* que impone unas fronteras para la democracia y que tiene características multidimensionales en lo territorial, geográfico, institucional, simbólico, relacional y político. Es un escenario dialéctico en permanente tensión que no constituye una determinación de ausencia de ciudadanía sino un riesgo latente de no ser atribuida. Su carácter dialéctico se basa en la tensión de factores contradictorios en el territorio tales como:

- *Conflictos institucionales de frontera y configuración de identidades estratégicas*: La ubicación de Altos de Cazucá se encuentra en la frontera geográfica entre Bogotá (Localidad n.º 19, Ciudad Bolívar) y Soacha (Comuna 4), lo que impide que muchos de los programas sociales de la población fronteriza puedan ejecutarse por conflictos de jurisdicción⁵, esto trunca la realización

5 La construcción de la Casa de la Cultura Enredando en Cazucá, impulsada desde el año 1998 por organizaciones juveniles de los sectores de Arabia, Compartir y Cazucá, llevó a unas primeras negociaciones con la Unión Europea que por entonces se encontraba apoyando proyectos de desarrollo cultural,

de proyectos sociales y culturales, aunque posibilita la configuración de unas identidades estratégicas de las personas para acceder a ellos a lado y lado de la frontera. Políticas públicas como la de infancia y adolescencia en Bogotá reconocen formalmente el estatus de ciudadanía y la importancia de la participación de niños, niñas y adolescentes, mientras que en las políticas municipales de Soacha este no es un asunto de agenda pública, lo cual genera que en ocasiones los niños y niñas se vinculen a proyectos del otro lado de la frontera como habitantes de Ciudad Bolívar.

- *Generación de riquezas económicas de alto impacto ambiental en contextos de extrema pobreza sin retribuciones en los territorios*. Desde finales de la década de los ochenta esta zona viene recibiendo masivamente población en situación de desplazamiento que llega al territorio en condiciones de precariedad y marginalidad, constituyendo barrios irregulares cuyo principal problema ha sido el acceso a agua potable que llega dos veces a la semana y es traída en tuberías artesanales de tanques del Acueducto de Bogotá⁶. Esta situación ha generado que su población tenga que hacer uso de aguas lluvias y recicladas, aumentando los riesgos de intoxicación y otros problemas de salud pública, problemas que se suman a la contaminación excesiva de las aguas de la ancestral Laguna Terreros a raíz del vertimiento de aguas residuales domésticas e industriales; el mayor impacto para la población, en lo referido a la salubridad, proviene de los desechos industriales que se vierten en dicha laguna, fundamentalmente

tal como fue la construcción de la Casa de la Cultura del barrio Arabia. Este proyecto, junto con la cofinanciación del Fondo de Desarrollo Local de Ciudad Bolívar, permitió que se levantaran unos primeros muros y columnas en Cazucá. Sin embargo, estas obras no lograron concluirse porque su ubicación fronteriza entre Soacha y Bogotá generó conflictos jurisdiccionales que llevaron a su clausura y a su posterior privatización para la construcción de un colegio que funciona actualmente (véase Diagnóstico local de Arte, Cultura y Patrimonio de Ciudad Bolívar 2011).

6 Esta dinámica ha generado, sin embargo, un interesante tejido social alrededor de la construcción de acueductos comunitarios y de empleabilidad informal de fontaneros empíricos que prestan los servicios comunitarios de instalación, recolección y mantenimiento.

metales pesados como el mercurio y plomo utilizados para la explotación y tratamiento de gravilla y arena para la construcción. En este territorio se desarrolla una gran industria extractiva, con canteras para la quema, remoción y tratamiento, que genera un gran levantamiento de polvo que afecta la respiración de sus pobladores. Estas empresas tienen ingresos mensuales que pueden incluso alcanzar millones de dólares, los cuales no contemplan regalías o algún tipo de retribución social al territorio bajo el argumento de imposibilidad de inversión en zonas ilegales. Además, cabe señalar que la planeación del desarrollo de megaproyectos urbanísticos, como la construcción de sistemas de movilidad masiva por cable (teleféricos) conectados con el sistema Transmilenio, se ven entorpecidos por los procesos de concertación comunitaria que se han extendido mucho más de lo contemplado, esto se debe a la persistente discusión sobre la legalización de los barrios para la construcción de acueductos y redes de alcantarillado como garantías sociales para el metrocable. Al respecto se ha logrado construir, como medida de contingencia temporal, un pequeño sistema de alcantarillado en algunas zonas de riesgo de remoción de masa (barrios El Progreso, El Arroyo y otros) a raíz de los conocidos derrumbes de Soacha durante 2009, 2010 y 2011 que dejaron como saldo la desaparición del 80% del barrio Villa Esperanza, cientos de familias damnificadas y el peligro de nuevos deslizamientos⁷.

- *Conflictos de carácter cultural y social que fragmentan la noción de lo comunitario.* La permanente dinámica de desplazamiento forzado, además del drama humanitario que conlleva, impone un modelo de convivencia basado en una enorme concentración de familias de diferentes regiones del país en poco espacio territorial. Esta diversidad cultural, atravesada por las dinámicas de la

violencia y los procesos abruptos de adaptación a los contextos de llegada, contiene tensiones basadas en formas de representación entre lo rural y lo urbano, lo tradicional y lo moderno, las relaciones con la naturaleza, las formas de concebir la distancia, el tiempo y el territorio, y en últimas unos valores familiares fracturados, tanto por el conflicto armado como por los nuevos desafíos de sobrevivencia, que obligan a reformular el papel de los hombres, mujeres y niños frente a los roles sociales, familiares y de productividad. El modelo autoritario de la violencia, impuesto por los distintos actores armados presentes en la zona, ha convertido la desconfianza generalizada en el paisaje cotidiano que inhibe lo vecinal, limita la construcción de proyectos colectivos y que fractura el sentido de lo comunitario. Las organizaciones sociales presentes en el territorio sobreviven con un gran esfuerzo de autogestión y de recomposición de sus equipos, debido a que gran parte de sus líderes son amenazados y desplazados nuevamente, y a que las poblaciones sujeto de intervención son flotantes y muchas veces asumen este territorio como escenario de paso.

La posición límite aquí expuesta configura situaciones y vivencias extremas en situaciones críticas.

Las crisis son el resultado de dinámicas globales de exclusión social que afectan progresivamente a un número cada vez mayor de personas y poblaciones, limitando los potenciales democráticos de sus ciudadanos. Las vivencias locales de estas dinámicas globales se debaten entre la inclusión y la exclusión, haciendo que las ciudadanías se constituyan dinámicamente, avanzando o retrocediendo y no simplemente como una condición que se adquiere o se pierde, tal como se concibe en las nociones tradicionales de ciudadanía. (CES-GCI 2008)

Esta visión de la crisis, siguiendo la propuesta del grupo de investigación “Ciudadanías Incluyentes”, sustenta los factores contradictorios en el territorio antes mencionados y, simultáneamente, se manifiesta de acuerdo con los siguientes tipos:

7 Véase nota “Evacuan a 141 familias de sus casas en Soacha por derrumbes” <http://www.caracol.com.co/noticias/actualidad/evacuan-a-141-familias-de-sus-casas-en-soacha-por-derrumbes/20090309/nota/774715.aspx> (Marzo 9 de 2009)

- *Crisis por precariedad socioeconómica:* en donde la supervivencia de las comunidades y de los sujetos se halla amenazada por la agobiante ausencia de condiciones que aseguren una vida digna.
- *Crisis de legitimidad:* en las cuales los recursos culturales, sociales e institucionales, tanto comunitarios como estatales, pierden su prestigio y eficacia para ejercer su función normativa en la comunidad.
- *Crisis por exterminio:* en situaciones y periodos de tiempo en que la intensidad del conflicto y de la violencia golpea duramente la existencia de la comunidad misma.
- *Crisis por debilidad del lazo social:* en las que es extrema la fragilidad del tejido social a partir de múltiples y dispares recomposiciones simbólicas que se convierten en lugares de disputa encarnizada entre versiones diferentes y a veces antagónicas del conflicto y de las explicaciones sobre este.

Esta tipificación de la crisis aporta a una lectura sistémica de los desafíos para la construcción de ciudadanía en el marco del conflicto armado y la exclusión estructural. Daniel Pécaut (1999), en sus estudios del impacto del terror sobre las representaciones de la población afectada por la guerra, sostiene que la violencia en Colombia ha impuesto procesos de desterritorialización, de ruptura de los referentes temporales y de disociación de la subjetividad. Este análisis es complementado por Ulrich Oslender (2008) quien agrega que las geografías del terror constituyen además la producción de “paisajes de miedo” en el espacio social rutinario, restricciones en las movilidades y en las prácticas corporeizadas de la vida cotidiana, una dramática transformación del sentido de lugar, una reterritorialización en estas zonas de recepción (que son generalmente espacios desconocidos y frecuentemente hostiles para encontrar trabajo, alojamiento y educación adecuada para los hijos), la estigmatización y discriminación de la persona desplazada, y, finalmente, unas posibles estrategias espaciales de resistencia sobre las cuales puede reactivarse el sentido de la ciudadanía.

Las ciudadanías de la infancia: al límite y en la periferia

[...] el límite no es sencillamente el fin de algo sino que es primariamente su comienzo, a partir de donde algo comienza a ser lo que es, su esencia

HEIDEGGER 2001

En este sentido, las crisis son a la vez el límite y el medidor de la capacidad ciudadana de los sujetos, constituyen el máximo grado en que puede ponerse a prueba la solidez o debilidad de las representaciones de la acción política. Una situación crítica (como un conflicto armado, una migración forzada masiva o un desastre natural) interroga directamente la posibilidad de aplicación de unos valores de ciudadanía construidos por una sociedad y un Estado en términos de la capacidad de respuesta y agencia de sus actores para buscar una estabilidad democrática. Entonces, las crisis no deben ser vistas solo como un límite que restringe, pues son capaces de evidenciar si esa idea —a veces tan abstracta— de la ciudadanía afecta realmente la acción y la cotidianidad de sujetos concretos que la hacen posible. En este sentido, las prácticas de ciudadanía que logran emerger de contextos límite pueden ser vistas como ciudadanías muy elevadas, por cuanto coexisten en condiciones contrarias a su naturaleza que suponen un doble esfuerzo: el de nivelar (individual y colectivamente) la posición subalterna que impone la violencia y la exclusión, y, al mismo tiempo, construir formas de participación que interpelen el ejercicio de lo público y lo privado. En palabras de Veena Das, más que ciudadanos, las víctimas de la violencia y la exclusión social son sujetos del dolor convertidos en agentes de dignidad y ejemplos de construcción democrática (Ortega 2008).

El análisis del proyecto Disparando Cámaras en Cazucá, como una experiencia hito de comunicación participativa en el país, plantea —en el marco del debate contemporáneo de las ciudadanías en los estudios sociales, culturales y de la comunicación— un cuestionamiento de las nociones clásicas liberales del siglo XVIII y XIX tales como democracia, sociedad civil, esfera pública, entre otros, por cuanto que las formas sistemáticas de exclusión y de violencia sobre aquellos

actores, que no han sido considerados ciudadanos como los niños y niñas, han puesto en evidencia una profunda crisis social que desestabiliza las formas procedimentales, *adultocéntricas*, burguesas y patriarcales propias de una ciudadanía capitalista, restringida a su exclusiva pertenencia a comunidades políticas específicas por medios formalmente regulados.

Incluso cabría proponer el debate de si es el concepto de ciudadanía el más pertinente para el presente análisis, por cuanto el papel del Estado es puesto en cuestión como sancionador de derechos y exclusivo organizador de la sociedad; este cuestionamiento diluye la idea universalista de los derechos humanos y culturales que, bajo la idea de construcción de nación, han configurado comunidades imaginadas en las cuales ha sido pensado el modelo ciudadano. Sin embargo, me inscribo en las disertaciones contemporáneas que han intentado reelaborar estos significados de la ciudadanía (en singular) a la luz de las transformaciones que la emergencia de nuevos movimientos sociales, procesos de globalización y la aplicación de las políticas de ajuste neoliberal han traído para las tradiciones liberales clásicas. Estas transformaciones, particularmente desde el periodo de posguerra, han suscitado nuevas tensiones entre los derechos y las responsabilidades que determinan la distinción de su concepto, ya sea como condición legal de la posesión de derechos que garantizan la pertenencia social (ciudadanía pasiva) o como actividad deseable en que la extensión y calidad depende de la participación de los sujetos en una comunidad política (ciudadanía activa). Esta disputa ha tenido diferentes respuestas que oscilan entre visiones de ciudadanía que van desde la izquierda y la democracia participativa, el republicanismo cívico, los teóricos de la sociedad civil, hasta las teorías de la virtud liberal (Kymlicka y Norman 1996).

La ciudadanía, por cuanto es un ejercicio dialéctico, implica una práctica política de carácter profundamente cultural que se ejerce y se construye a partir de discursos y representaciones de lo público y lo privado que configuran los sentidos de pertenencia social en relación al Estado⁸. En esta práctica

política interactúan diferentes públicos (sujetos de ciudadanía) en el marco de relaciones de poder, inequidad y desigualdad estructural caracterizadas por la clase, la raza, la etnia, el género, la generación, entre otras. Esto implica que la ciudadanía desborda el estatus legal definido por un reconocimiento jurídico del Estado que lo hace existente y legítimo y, además, incorpora unas maneras particulares de ser, estar y relacionarse con el entorno social para introducir otros factores (más allá de la titularidad de los derechos y deberes), tales como el sentido de pertenencia, independencia, igualdad, responsabilidad, participación e identidad colectiva (Muñoz 2004, 181). La expansión del concepto de ciudadanía emerge en gran medida de un pluralismo cultural, como el que recomienda Young que propone las ciudadanías diferenciadas para la afirmación de los grupos culturalmente excluidos (Kymlicka y Norman 1996), o de conceptos como el de ciudadanía cultural que incorpora nuevos componentes *transterritoriales* como las nuevas identidades, las migraciones, las exclusiones, la situación de víctimas (Rosaldo 2000). En consecuencia, de estas formas de expansión, que se generan en el marco de disputas y luchas sociales, emergen procesos de agencia para el reconocimiento de esas múltiples ciudadanías (en plural). No se trataría exclusivamente de relaciones políticas con el Estado en asuntos de derechos y responsabilidades conferidas por este, sino de una mediación que permite explorar y articular experiencias e identidades sociales diferenciales, atravesadas por factores tales como la edad, la raza, el género y la clase social, lugares específicos en donde la ciudadanía se negocia, se reproduce y se articula (Muñoz 2006).

Como afirma Boaventura de Sousa, esta visión implica necesariamente una interrelación entre las ciudadanías y las subjetividades. Se trata, pues, de una emancipación colectiva basada en los sujetos, en sus historias y en sus prácticas cotidianas (Boaventura de Sousa 1998). Desde el reconocimiento de estas relaciones, la visión institucional de la ciudadanía está siendo transformada continuamente por procesos de producción, circulación y empleo estratégico y táctico de conocimientos socialmente pertinentes para reinventar la convivencia y el bienestar social. Dichos procesos

8 En negociación, oposición o legitimación.

dan como resultado la coexistencia de varias ciudadanías entrelazadas y en constante negociación, que se mueven entre perspectivas institucionales, expectativas y luchas individuales y colectivas (Ortega 2008).

En este sentido, las formas que asumen los sujetos *subalternizados* (niños, niñas y adolescentes) en contextos subalternos para confrontar los riesgos de victimización y confinamiento a los que son sometidos, a partir de la apropiación de prácticas expresivas y estéticas como la fotografía, constituyen una profunda y reveladora práctica de ciudadanía en el límite y la periferia que, además, articula una apuesta ética y política para ampliar los horizontes democráticos de un país que se desangra no solo por las balas sino también por el olvido.

La fotografía participativa como táctica de resistencia

La noción de ciudadanías al límite y en la periferia remite entonces a aquellas prácticas de sujetos en contextos de no-ciudadanía que hacen uso de ciertos recursos socioculturales, como lucha cotidiana, para participar socialmente (en la esfera pública o privada) y que buscan ejercer nuevamente una práctica política que les permita ser en sí mismos protagonistas de su historia y su realidad. Algunos de estos recursos son los lazos sociales de parentesco, de clase y de género, entre otros, las tradiciones que acotan el repertorio de relaciones con las instituciones estatales y no estatales, y los géneros discursivos disponibles para hacer memoria de la crisis, asignarle una explicación lógica y moral satisfactoria, articular imaginarios en torno al sufrimiento social y privado, y proyectar nuevos horizontes de expectativas (CES-GCI 2008).

En las prácticas y los saberes que se construyen cotidianamente como formas de movilidad ante los contextos de no-ciudadanía pueden configurarse prácticas ciudadanas desde códigos y prácticas expresivas y estéticas como la fotografía. Los recursos socioculturales son entonces los que se convierten en tácticas de resistencia contra las crisis para ejercer progresivamente la ciudadanía.

Los recientes procesos de organización de las poblaciones víctimas de la violencia en Colombia han tenido una creciente tendencia a recurrir a prácticas

artísticas y culturales, entendidas tanto como formas de acompañamiento psicosocial como de movilización política en torno a agendas como las luchas por la memoria. Esta emergencia de “lo cultural” debe su origen a la aparición de movimientos sociales anclados a nuevas identidades que desde su diversidad exigen el reconocimiento de un nuevo tipo de derechos, los derechos culturales (Touraine 2005). En este contexto la fotografía ha sido una herramienta fundamental para estos procesos⁹, por cuanto permite una elaboración de duelos a nivel subjetivo, al tiempo que insiste en la recuperación de la memoria colectiva que promueve escenarios de reivindicación de políticas públicas en torno a la verdad, la justicia, la reparación integral y las garantías de no repetición, convirtiendo el campo de la cultura en un escenario de disputa política y de resistencia en todos los escenarios de la vida cotidiana.

Michel De Certeau [(1979) 1996] desarrolla su concepto de las resistencias identificando los límites y alcances de la dominación. Su propuesta parte del cuestionamiento de la totalidad de la reproducción de lo existente para encontrar formas de transformación en el marco de las contingencias de la cotidianidad. En el mundo de lo consuetudinario emerge la creatividad elusiva, dispersa, fugitiva, hasta silenciosa, fragmentaria y artesanal que construye “maneras de hacer”: maneras de circular, habitar, leer, caminar, o cocinar, etc. (De Certeau, 1996, 46 en Medina 2007). Ya no se trata (solamente) de pensar en la productividad del poder, del ejercicio del poder, sino en la productividad de las micro-resistencias movilizadas a partir de las prácticas cotidianas (*Ibid.*, 44-49).

En este marco, se proponen las tácticas y estrategias como forma de entender las resistencias. Estas últimas se incorporan en un lugar propio que constituye a la vez múltiples formas de dominio y que cuenta con la posibilidad de totalizar al adversario. Las condiciones de la crisis en el territorio de Altos

⁹ Véase al respecto la experiencia de la Galería de la memoria en Colombia (Girón 2009), Hijos e Hijas y Comisión Nacional sobre la Desaparición de personas —Conadep— en Argentina (Durán 2006), Municipios Arcatao y Chacra en el Salvador (Bradley 2008), Movimiento de Derechos Humanos y fotografía —Ayacucho, Perú (Praxis 2007).

de Cazucá han impedido consolidar propuestas que puedan efectivamente constituir unas estrategias contundentes y masivas en contra de la violencia y la exclusión. Esta es quizás la razón por la que las tácticas constituyen *microrresistencias* que, aunque subvaloradas por la dominación pueden efectivamente constituir potenciales estrategias de transformación social. La táctica —como concibo aquí a la fotografía participativa— determina una carencia de la condición de lugar propio, una pérdida de la autonomía, que se traduce en términos de los códigos de la dominación, lo que es al mismo tiempo una debilidad y una fortaleza. La táctica no conforma un discurso fijo sino que su acción se basa en la oportunidad, en el aprovechamiento del momento. Un proceso comunitario de fotografía, entendido como un escenario innovador para un territorio donde históricamente este lenguaje estético está concentrado en unos circuitos del saber, permite una manera diferente de convocar a niños, niñas y adolescentes a pensar y discutir sobre su territorio. La voz y la mirada emergen de repente, posibilitando reflexividad y participación desde escenarios cotidianos como la clase en un colegio, el taller en un salón comunal, la exposición en una casa de familia o el recorrido en un barrio (figura 1).



Figura 1. Intervención gigantografía comunitaria: las miradas sobre el territorio

Fuente: Registro proyecto Trazos de Ventana.
Autora: Maya Corredor, 2008

En estas tácticas, que pueden emerger de una economía cultural dominante sobre la fotografía, las acciones de los sujetos están atravesadas por innumerables transformaciones de su autoridad de acuerdo con sus intereses y sus reglas propias, convirtiendo una experiencia foránea en una práctica local a partir de una reconstrucción crítica que sitúa al sujeto sobre sí mismo y su contexto. Las acciones pueden convertirse así en “prácticas significativas” que transforman horizontes de expectativas, superando la idea foucaultiana de la violencia del orden como “tecnología disciplinaria”, tal como se establece en esa anatomía política del detalle propuesta en la obra *Vigilar y Castigar*. Es, por el contrario, un ejercicio de “[...] exhumar las formas subrepticias que adquiere la creatividad dispersa, táctica y artesanal de grupos o individuos atrapados en lo sucesivo dentro de las redes de la ‘vigilancia’” (Biancotti 2004, 2). En dicho sentido, las tácticas de De Certeau están más cerca de las ideas del último Foucault sobre las “prácticas de sí”, entendidas como las modificaciones de las prácticas convencionales dirigidas a la generación de nuevas prácticas y, por ende, otras formas de subjetivación, convirtiendo la posición más débil —la táctica— en la más fuerte —estrategia— para que desemboque en una politización de las prácticas cotidianas (De Certeau 1996, 43).

Los procesos de formación, creación e intervención de fotografías tienen en común que asumen a los niños, niñas y adolescentes no como consumidores sino como productores de bienes materiales y simbólicos, poniendo en tensión el papel mismo de la niñez y la adolescencia en este proceso de reconstitución democrática. Cada imagen y relato creado es expuesto en el contexto local y, posteriormente en escenarios académicos o artísticos donde generalmente no circulaban estas producciones comunitarias. Los contenidos están dados por las vivencias y decisiones propias que son discutidas en colectivo e interpelan temas tabú, tales como el reclutamiento forzado de menores, las fuentes de contaminación de la laguna sagrada Terreros, la violencia intrafamiliar asociada a los roles *heteronormativos* de género, los escenarios del miedo y la alegría, etc.

La fotografía participativa, desde donde se ha orientado este proyecto de agencia cultural, propone una discusión centrada en los procesos de significación construidos por los mismos actores locales. También conocida como “la voz de las fotos” o “voz visual”, esta metodología pone la cámara en las manos de la gente que se anima a documentar, compartir y co-construir su realidad a través de las fotos (Wang y Burris 1997). Además, la permanencia del artefacto materializado hace que en estos contextos la comunicación pueda ser continua. Las diferentes exposiciones barriales han convertido en varias oportunidades el territorio en un museo comunitario en donde la foto puede ser un sujeto comunicante que vive a través de las significaciones de sus autores.

[...] La fotografía es la única de las artes importantes en la cual la formación profesional y los años de experiencia no confieren una ventaja insuperable sobre los no formados e inexpertos: por muchas razones, entre ellas la importante función que desempeña el azar (o la suerte) al hacer fotos, y la inclinación por lo espontáneo, lo tosco, lo imperfecto. (Sontag 2000)

Este hecho sumado a los procesos de formación visual, a los relatos escritos con las imágenes y los escenarios de diálogo (encuentro y participación continua que propicia cada taller y que han convertido a esta experiencia en un proceso de largo plazo a partir del liderazgo de los mismos niños, niñas y adolescentes), ha configurado unas progresivas consciencias de sí en sus participantes. El proceso de tomar una fotografía ofrece una oportunidad para desarrollar una historia que fue rechazada anteriormente, silenciada o pasada por alto. Es entonces cuando este proyecto propone entender la necesaria articulación entre un proceso comunicativo, un proceso pedagógico y un proceso artístico. Dicha triada ubica la dimensión del arte más allá de la exaltación de una estética ingenua y simple, como si a lo subalterno le correspondiese tan solo el lugar de la artesanía y lo no elaborado; por el contrario, se pretende entrenar la mirada y ver lo que no es mostrado. En este sentido, la calidad artística es necesaria para generar una mayor fuerza comunicativa de las realidades locales, pero no desde los cánones estereotipados de la belleza sino desde un punto de

vista propio. Ética y estética se vinculan como dualidades en complementación y no en oposición, como una relación inter y transdisciplinaria entre el campo social, comunicativo y artístico. La fotografía participativa, desde la misma dualidad de su nombre, vincula la significación del sujeto (individual y colectivo) con el proceso creativo y el artefacto creado, al igual que propone una narrativa del diálogo social con lo externo a partir de un reconocimiento de lo interno. Esta visión implica un énfasis en la potencia y no en la carencia de sus actores, a partir de la voz de quien hace la propia cultura y no por la voz de “otro”. Ese descubrimiento de sí mismo impulsa una democracia desde la polifonía. La fotografía promueve el derecho a ver y ser visto, y esta es justamente la base filosófica de la ciudadanía intercultural.

En la dimensión de la ética se encuentra la participación, que va desde el proceso de democratización del acceso al conocimiento técnico de la imagen fotográfica hasta la discusión sobre sus contenidos y su función en el territorio de donde emerge. La participación desde los niños y niñas implica un asunto esencialmente pedagógico en donde lo metodológico se convierte en un escenario político. Es un proceso que promueve la capacidad de formar un sentido crítico de acuerdo con su edad, de expresar ideas en múltiples lenguajes, de reinterpretar la información disponible y de construir argumentos con el fin de apoyar opiniones fundamentadas en la experiencia (Bojacá, Cubillos, Maldonado *et al.* 2011, 14); es decir, un proceso participativo que evite la manipulación y promueva las decisiones iniciadas por los niños, niñas y los adolescentes, compartidas con los adultos y reconocida por la sociedad y el Estado, tal como propone la participación auténtica en la escalera de Rogert Hart (1993)¹⁰.

10 Consta de ocho escalones entendidos de la siguiente forma: 1) manipulación, es el nivel más bajo de la escalera en el que los adultos se valen de los niños para transmitir sus propios mensajes; 2) decoración, se observa cuando los niños y las niñas llevan una camiseta con la que promueven una causa de la que no tienen idea o que no se ha vinculado a su organización; 3) participación simbólica, cuando se utiliza a los niños y las niñas para que transmitan, con su propia voz, un mensaje de los adultos, sin conocer su significado y sus implicaciones; 4) asignados pero informados, consiste en la movilización de los niños y las niñas así ellos no hayan sido sus iniciadores.



Figura 2. Angie

Fuente: Julián Farfán, 12 años, 2009

La experiencia Disparando Cámaras en Cazucá ha propiciado escenarios para la construcción de un sentido crítico que se desarrolla de manera diferente en cada niño, niña o adolescente participante y que se encuentra ligado a la configuración de nuevos horizontes de expectativas (figura 2). Las exposiciones en otros contextos, los intercambios con otras experiencias hermanas, los talleres de multiplicación, los recorridos barriales, las fotografías vendidas, el diálogo con líderes sociales o artistas reconocidos, etc., son acciones que han impulsado otras formas de ver el mundo, de pensar la vivencia diaria y de entender los problemas sociales. La construcción de metodologías, como un asunto de creación colectiva entre niños y adultos, ha estado atravesada por ejercicios de negociación permanente que implican, por un lado, una sensibilización de los adultos frente a

Pueden estar plenamente informados y sentir la cuestión como propia y haber participado en las discusiones; 5) consultados e informados, cuando los adultos diseñan y dirigen proyectos en los cuales los niños pueden participar y dar opiniones; 6) iniciada por los adultos, decisiones compartidas con los niños y las niñas en proyectos donde las decisiones realmente son compartidas con ellos y ellas; 7) iniciada y dirigida por los niños, cuando la iniciativa es adelantada y gestionada por los propios niños y niñas. Este tipo de proceso es muy difícil de encontrar; 8) iniciada por los niños, las decisiones son compartidas con los adultos y se emprenden por los niños y las niñas y se permite compartir decisiones con los adultos.

la participación infantil y, por otro, un esfuerzo de los niños y niñas por identificar la pertinencia de las acciones que desarrollarán.

Los siguientes momentos metodológicos (identificados a través de la observación participante, el diálogo directo adultos-niños y la vinculación propia con esta experiencia) abren paso a la segunda tesis de esta reflexión que plantea que —a partir de la formación técnica-conceptual, la creación de imágenes y relatos, y el uso de los mismos— se crean las condiciones básicas para el ejercicio de la participación infantil en esta experiencia. Estos tres procesos se orientan hacia el desarrollo de una investigación documental de cada participante o de todos y todas como colectivo de trabajo, a partir de un tema o eje problemático escogido y desarrollado autónomamente, posterior a varias discusiones de priorización (figura 3):

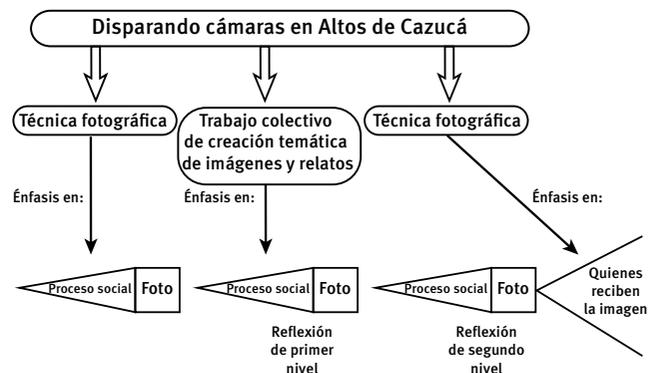


Figura 3. Esquema metodológico identificado posterior a la observación

Autores: Edwin Cubillos y Alejandra Bello.

- **Formación técnica y conceptual:** consiste en el aprendizaje y aplicación del concepto, la técnica y la práctica fotográfica para abordar visualmente las investigaciones temáticas. Allí se desarrollan ejercicios de percepción visual para encontrar pequeños detalles descriptores de grandes situaciones. Es esta la metáfora de “la mirada fotográfica” atenta e inquieta que logra volver importante algo que aparentemente no lo es. Esta misma metáfora

se aplica no solo a la composición visual sino al mismo participante que a partir de ese mismo instante se convierte en compositor de su propia realidad. El conocimiento técnico permite a los participantes encontrar una forma estética anclada al abordaje temático escogido. Durante el 2011, Alejandro Ocampo de 17 años (figura 4) decidió profundizar su aprendizaje en el manejo de la fotografía estenopeica¹¹ para abordar el tema de las pandillas y la violencia. Descubrió que con esta técnica puede pasar desapercibido en ciertas situaciones en que la cámara constituye un peligro para el fotógrafo. Wendy Pulido de 15 años propuso desarrollar composiciones visuales con objetos para abordar el tema de la drogadicción y encontrar formas no estereotipadas de representar el fenómeno. Deisy Ñuste de 12 años ha decidido realizar collages con manejo de panorámicas y paisajes en gran formato junto con intervenciones directas en la imagen para abordar las cartografías sociales de la violencia en el barrio.



Figura 4. División del trabajo

Fuente: Alejandro Ocampo 17 años, Altos de Cazucá, 2011.

- **Trabajo colectivo de creación temática de imágenes y relatos:** este momento contempla la elección temática de la investigación de cada participante a partir de las percepciones, sensaciones

¹¹ Principio de la fotografía oscura en donde se construye artesanalmente una cámara a partir de un tarro, un estenopo (huequito hecho con un alfiler en la parte lateral que funciona como el lente), papel fotosensible y una cinta negra (que funciona como obturador).

y opiniones respecto a las realidades cotidianas de sus barrios que quieran comunicar. Esta decisión da inicio a un trabajo de producción de imágenes y relatos, en el que determinadas palabras generadoras sobre los temas escogidos por las niñas, niños y adolescentes de manera grupal se utilizan como fuente de creación individual, estos posteriormente son compartidos grupalmente y discutidos para reelaborar un relato analítico.

- **Usos finales de la imagen y los relatos:** este momento tiene dos niveles, uno interno y otro externo. El primero se orienta a devolver al contexto el fruto de la investigación construyendo formas de comunicar los procesos creativos y reflexivos por medio de artefactos materializados que tengan relación con los temas: por ejemplo, la creación de álbumes familiares y retratos en las casas de los participantes para exponer el tema de la violencia intrafamiliar, museos barriales para promover estrategias de apropiación de territorios confinados por la violencia, intervenciones fotográficas en el suelo para abordar la problemática de disposición de basuras, etc. El segundo nivel se orienta a visibilizar las voces y los actores protagonistas para dialogar con públicos externos de carácter académico, artístico o general. Allí entran las exposiciones en eventos públicos de fotografía, en museos de arte, universidades, reportajes en medios masivos de comunicación, etc. Este nivel pretende incorporarse tácticamente en escenarios hegemónicos para insertar mensajes que interpelen y pongan en la esfera pública las vivencias de la periferia y por medio de sus protagonistas directos (figura 5).

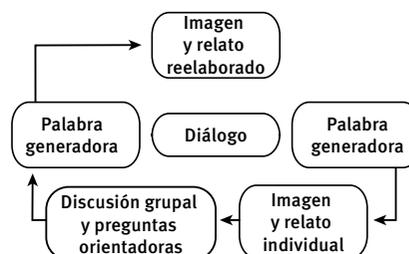


Figura 5. Círculo dialógico

Fuente: Elaboración propia.

Reflexiones finales

A diferencia del trabajo realizado por organizaciones no gubernamentales o instituciones la práctica de creación colectiva se inserta en la vida cotidiana de sus participantes. Se puede hacer el taller en la calle, el parque o en uno de los domicilios de los miembros del proyecto, se discute en circularidad y se promueve una relación más horizontal entre adultos y niños. Este último punto parte de la premisa de que *lo efectivo es lo afectivo*. La construcción de confianzas entre actores externos-habitantes, niños-adultos, académicos-líderes comunitarios, parte del reconocimiento mutuo de la condición humana más esencial que atraviesa cualquier práctica de formación, creación o uso: la fraternidad como principio metodológico para la comprensión o descubrimiento del otro. La circularidad implica un “nosotros” capaz de comprender una perspectiva diferente a la individual.

El momento de creación de imágenes y relatos promueve la *autorreflexividad*, más que el registro de algo externo es una re-creación de sí mismo, de las historias vitales y el pensamiento más profundo. La foto cumple la función del espejo, es la imagen testimonial. Para ello, la elección temática sitúa al participante en una toma de posición frente al mundo, la cual parte de su autonomía y criterio propio. La elección parte de una previa lectura del contexto para identificar e interpretar las situaciones que se presentan en la familia, la escuela, la comunidad y la sociedad, para construir opiniones frente a estas de manera libre. Esa misma lectura se ve comprometida cuando las fotografías son insumo para la intervención de los espacios públicos. El uso de imágenes y relatos presupone una forma de comunicación ampliada y directa con el contexto local, superponiéndose a los discursos en conflicto que habitan el territorio: “por ahí no se puede caminar”, “los niños buenos se acuestan a las 6:00 p.m., los malos los acostamos”, “los niños están para obedecer y aprender así que cállese”, “aquí siempre vienen los de afuera nos toman fotos y se van”, etc.

La intervención cultural de los espacios públicos propone recuperar la relación existente entre las formas de habitar, las formas de hablar y las formas ver, resignificando el papel de la niñez y la adolescencia como protagonistas de lo público, abriendo el debate

para la configuración de nuevas adulteces. Esto implica un proceso de tensión para el reconocimiento de su ciudadanía: la disputa con los adultos líderes para la vinculación en la toma de decisiones dentro y fuera del proyecto, la reacción de rechazo frente a algunas imágenes o la forma en que se exponen, el posible riesgo de amenazas por parte de actores armados, la imposibilidad de acceder a recursos propios sin la dirección de un adulto, etc.

Es necesario el establecimiento de un diálogo que supere las desigualdades de poder y saber dadas por la condición *etárea*. En ese intercambio será posible la sostenibilidad social a largo plazo de estas experiencias, pensadas no como un relevo generacional sino como una construcción intergeneracional en el presente y futuro inmediato.

El reconocimiento de la participación de los niños, niñas y adolescentes como interlocutores válidos en la cultura, puede llegar a representar otro espacio posible de restitución del significado de la política: el redimensionamiento de una ética de la niñez, “[...] rebajada y reducida a una moral hecha por adultos, de y para ellos” (Camargo 1996 en Espitia 2006). Se trata pues de avanzar en lo que Touraine (2005) denomina comunicación intercultural, como un acto de conocimiento —más allá de la comprensión mutua— que trata de situar al otro y a sí mismo en conjuntos históricos y en la definición de los procesos de cambio y de relaciones de poder. La comunicación intercultural es el diálogo entre individuos y colectividades que disponen a la vez de los mismos principios y de experiencias históricas diferentes para situarse unos con respecto a los otros.

Disparando Cámaras en Cazucá es una apuesta, como muchas otras experiencias comunitarias que revitalizan el concepto de práctica cultural con todos los problemas y potencialidades que surgen de las tensiones de lo comunitario, que precisa ser analizada y fortalecida. Es una apuesta de agencia cultural que debe reinventarse permanentemente desde sus actores y en relación con otros para evitar una acción con daño, motivar el empoderamiento y protagonismo de nuevos sujetos de ciudadanía que interpelen la violencia y la exclusión como configuradores del poder, el saber y el hacer.

Referencias bibliográficas

- Bello Albarracín, Martha Nubia. 2011. *Acción sin Daño y Construcción de paz. Módulo 1: Introducción, contexto y perspectivas sobre Acción Sin Daño y construcción de paz*. Bogotá: Programa de iniciativas Universitarias para la Paz y la Convivencia —PIUPC— Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Biancotti, Jorge. 2004. *La Trama de la Comunicación*. Volumen 9. Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Argentina: Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario.
- Bojacá, Patricia, Edwin Cubillos y Silvia Maldonado, et al. 2011. *Ciudadanía y participación en la infancia: reflexiones conceptuales*. Bogotá: Convenio 2737/2010. Alcaldía Mayor de Bogotá, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Unicef.
- Centro de Estudios Sociales, Grupo de investigación Ciudadanías incluyentes —CES—GCI—. 2008. “Derechos y Ciudadanías. Constitución de ciudadanías en dinámicas de exclusión e inclusión”. Paolo Vignolo (ed.). *Ciudadanías en escena. Performance y derechos culturales en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- De Certeau, Michel. 1996. *La invención de lo cotidiano. El arte de hacer*. Tomo 1. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superior de Occidente.
- De Sousa Santos, Boaventura. 1998. “De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad”. *Subjetividad, ciudadanía y emancipación*. 285-344. Bogotá: Siglo de Hombre Editores.
- Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte. 2011. *Diagnóstico local de Arte, Cultura y Patrimonio de Ciudad Bolívar*. Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Espitia Vasquez, Uriel. 2006. “Instituir ciudadanía desde la niñez”. *Revista Nómadas* (24): 225-237. Bogotá: Universidad Central.
- Echeverry, Paula y Ángela Herrera. 2005. “La Fotografía Social como Herramienta Terapéutica para el Trabajo Social”. *Revista Trabajo Social* (7): 141-160. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Hart, Rogert. 1993. “La participación de los niños: de una participación simbólica a una participación auténtica”. *Ensayos Innocenti* (4): 8-18. New York: Unicef.
- Heidegger, Martín. 2001. *Construir, habitar y pensar*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Kymlicka Will y Norman Waynbe. 1997. “El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente de la teoría de la ciudadanía”. *Revista de estudios sobre el Estado y la Sociedad* (3): 5-40. España: Ed. Paidós.
- Medina, Paula Abal. 2007. “Notas sobre la noción de resistencia en Michel de Certeau”. *Revista Kairos* 11 (20): 1-11. Argentina: Universidad Nacional de San Luis.
- Muñoz, German. 2006. *La comunicación en los mundos de vida juveniles: Hacia una ciudadanía comunicativa*. Manizales: Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud, Universidad de Manizales —CINDE—.
- Orjuela Villanueva, Camila. 2010. *Intervención con población juvenil e infantil de Altos de Cazucá: una experiencia desde la fotografía social*. Bogotá: Acción Sin Daño. Programa de Iniciativas Universitarias para la Paz y la Convivencia —PIUPC—, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Ortega, Francisco Alberto (ed.). 2008. “Rehabitar la cotidianidad”. *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. 15-69. Bogotá: Centro de Estudios Sociales CES, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.
- Oslender, Ulrich. 2008. “Geografías del terror: un marco de análisis para el estudio del terror”. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* XII (270): 144. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Pecaut, Daniel. 1999. “Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano”. *Revista Colombiana de Antropología* (35), enero-diciembre: 8-35. Bogotá: Instituto Nacional de Antropología e Historia (ICANH).
- Rosaldo, Renato. 2000. “La pertenencia no es un lujo: procesos de ciudadanía cultural dentro de una sociedad multicultural”. *Desacatos Revista de Antropología Social* (3): 39-49. Distrito Federal: CIESAS.
- Touraine, Alain. 2005. *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós.
- Raya Díe, Esther. 2004. “Exclusión social y ciudadanía: claroscuros de un concepto”. *Aposta Revista de Ciencias Sociales*. (9): 1-18. Madrid: Universidad del País Vasco.

- Wang, Caroline and Mary Ann Burris. 1997. *Photovoice: Concept, Methodology, and Use for Participatory Needs Assessment*. *Health Education and Behavior* 24 (3): 369-387. Michigan: University of Michigan School of Public Health.
- Sontag, Susan. 2000. *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Ed. Alfaguara.
- Vela Mantilla, Margarita María; Julia Esmeralda Rodríguez Fernández, Ana Luz Rodríguez Puentes, *et al.* 2011. *Acción Sin Daño como aporte a la Construcción De Paz: propuesta para la práctica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia,

Fundación para la Cooperación Synergia, Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación —COSUDE—, Agencia Alemana para la Cooperación Internacional —GIZ—, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo —PNUD—.

Material en línea

- “Evacuan a 141 familias de sus casas en Soacha por derrumbes”
<http://www.caracol.com.co/noticias/actualidad/evacuan-a-141-familias-de-sus-casas-en-soacha-por-derrumbes/20090309/nota/774715.aspx> (9 de marzo del 2009).